

---

## Capítulo LXVI.

Genio y figura...

Juan de Rivera era hijo de don Diego y doña Catalina de Eranso.

Sus padres disfrutaban de una modesta fortuna, que si no les permitía vivir con lujo, era suficiente para atender á sus necesidades.

Nos olvidábamos decir que eran naturales de San Sebastian, y allí también nació el personaje cuya historia narramos.

En la época en que Juanito vino al mundo, puede decirse que sólo había dos carreras: ó la de la milicia, ó la de la Iglesia.

El bueno de don Diego se obstinaba en que su hijo fuese soldado.

HERNAN CORTÉS.

419

Le halagaba la idea de que pudiese conquistar timbres de gloria para su apellido.

Doña Catalina, por su parte, deseaba que fuese clérigo.

Esta divergencia de pareceres daba lugar á animados diálogos, á acaloradas disputas, únicas que turbaban la apacible tranquilidad que disfrutaba aquel modelo de esposos.

—No me convencerás nunca,—decía ella,—para que mi hijo se dedique á las armas,

—Piensa que es lo que más porvenir ofrece en el día,—decía él,—y nuestro deber es procurar el bienestar de nuestro hijo.

—Algo mejor le ofrece dedicarse á la Iglesia. ¡Qué placer para mí si en el último tercio de mi vida pudiera asistir á la primera misa de mi hijo.

—Yo no veo en él vocacion, y no quisiera...

—¡Vanos escrúpulos! ¿Acaso á los diez y seis años sabe un hombre lo que le conviene, ni ha formado juicio exacto sobre las cosas de la vida?

—Además, hay que tener en cuenta, por más que sea sensible reconocerlo, que nuestro hijo no ha manifestado gran aplicacion en sus estudios.

—No está tan atrasado. Ya ves, acaba de cumplir diez y seis años, y lee de corrido y escribe muy regularmente.

—Sí, pero calcula que los conocimientos que indispensablemente ha de adquirir antes de poder cantar misa, requieren algunos años, y Dios sabe si le viviremos para que pueda seguirlos.

—Tampoco es esa razon. Nada más fácil que hacer que entre en un convento, y allí, sin dispendio alguno, puede seguir sus estudios.

—Pues yo te digo, que por mi gusto no seria otra cosa sino soldado.

—Jamás consentiré.

—¿Pero por qué?

—¿Y tú me lo preguntas?

—Explicate.

—¡Bien dicen que los padres no quieren á sus hijos la mitad que las madres!

—¿Acaso no es quererle procurar por que ocupe una posicion brillante en el mundo?

—¿Y no conoces que al correr tras de esa posicion ilusoria tendrá que poner mil veces en peligro su vida? ¿Crees que yo puedo ver con calma separarse de mi lado al hijo de mis entrañas, permitir que vaya á lejanos países, y permanecer meses y meses sin saber noticias tuyas?

Esta última reflexion hizo meditar algun tanto al cariñoso don Diego.

Iba á contestar á su esposa, pero la llegada de un antiguo amigo de la casa suspendió la frase en sus labios. Era el recién llegado fray Sabas de Madridano, de la orden de San Jerónimo.

Su obesa figura, el abultado cervigullo y á su andar reposado y tranquilo, era un testimonio fehaciente de que la vida de los conventos no tenia las privaciones que muchos suponen, ni que se mortificaban tanto los que vivian en el claustro.

Hombre de buen humor, y segun malas lenguas, apasionado defensor de cuantas le habian elegido por su padre espiritual, apenas se enteró de la polémica que sostenian los esposos, con aquella suprema autoridad que ejercian los frailes en todas las casas en que tenian entrada:

—No llevais razon, amigo Don Diego,—dijo al padre de Juanito;—el demonio es el que os aconseja que vuestro hijo profese las armas; la soberbia se ha apoderado de vuestro corazon, é inducido por ella, quereis sacrificar á vuestra ambicion al que está llamado á ser una de las lumbreras de la Iglesia.

Esta opinion del reverendo decidió la cuestion.

La supersticion que dominaba en España en la época en que imperaban los frailes, hizo enmudecer al bueno de don Diego.

A provechándose el religioso de la turbacion que en él habian producido sus palabras, continuó:

—Hoy mismo hablaré al padre Fulgencio, y mañana vendrá al convento vuestro hijo.

—¡Ay! Padre exclamó doña Catalina, vertiendo lágrimas de gratitud,—¿con qué os pagaremos tantos beneficios?... Pero se me olvidaba, dispensad mi olvido. Son las cinco de la tarde, y vuestro estómago estará desfallecido.

Y llamando á una muchacha que le servia de criada:

—Damiana,—dijo,—frie unas magras y trae un trozo de cecina... Ya sabes, de aquella que está curándose al lado del hogar.

Fray Sabas se dejó obsequiar, y á la fuerza de verídicos debemos decir que hizo honor á los succulentos manjares que se le sirvieron, sin olvidarse de rociarlos con bastante frecuencia con un vinillo rancio, de un aroma exquisito.

Un momento despues se despidió el obeso jerónimo, dirigiéndose á casa de otra de sus penitentas, en la que halló igual benévola acogida.

Juan de Rivera entró como novicio al dia siguiente en el convento, y no tardó en dar muestras de lo que era su carácter.

Revoltoso como el que más, y de intenciones nada santas, llevaria poco más de una semana en el convento, cuando se le ocurrió una idea diabólica.

Dormia al lado de la celda que él ocupaba uno de los sochantres de la comunidad, que roncaba de una manera tan gutural, que no dejaba pegar los ojos al novicio.

—Yo te quitaré el vicio,—dijo este.

Y apenas amaneció bajó á la huerta, cogió unas ortigas, y oprovechando un momento oportuno, las colocó cautelosamente en la cama del cantor.

No hay para qué decir el efecto que le producirian.

Adivinó quién habia sido el autor de aquella pesada broma, y dejándose llevar de su cólera, le castigó de una manera inhumana.

Juanito era débil para luchar con él, y por lo tanto decidió escaparse del convento.

Una noche hallándose en el coro, fingió una in-

disposicion, bajó á la huerta, y escalando la tapia abandonó aquel asilo, que para él no habia tenido nada de caritativo.

Sin duda acariciaba la idea de no permanecer en aquella santa casa; y decimos esto, porque guardó cuidadosamente su traje de seglar.

De él se sirvió para su evasion, y con el poco dinero que llevaba se trasladó á bordo de una barca de pescadores á la villa de Pasajes.

Permaneció un dia en ella, contó su dinero, que era bien poco, y comprendiendo que no podria vivir mucho tiempo con tan escasos recursos, pédibus andando llegó hasta Rioseco, donde tenia algunos parientes.

La casualidad le deparó la fortuna de entrar á servir á un profesor de latín, y se decidió á ir á su casa.

El buen señor era entusiasta por la propagacion del estudio á que se dedicaba, y se empeñó en que habia de aprender el idioma del Lacio el aventurero jóven.

Como todos los maestros de su tiempo, profesaba la idea de que «la letra con sangre entra», y la práctica de esta teoría hizo que Juan de Rivera tomase horror á su celoso pedagogo.

Tambien abandonó su casa al mes y medio de estar allí, y se dirigió á Valladolid, donde se hallaba la córte.

Ocultando su verdadero nombre bajo el de Francisco de Loyola, consiguió entrar en calidad de paje

al servicio del secretario del rey, y no tardó en captarse las mayores simpatías.

Se desvivía por servir á su nuevo amo, adivinaba, como se dice vulgarmente, sus pensamientos, y todo hacia creer que Juanito comenzaba á conducirse como hombre de juicio.

Una nueva calaverada vino á dar al traste con el buen concepto que habia adquirido:

Empezó á galantear á una bella muchacha camarista de una hija de un consejero, y al verse despreciado, adivinó que su ingrata amaba á otro.

No tardó en convencerse de la exactitud de sus sospechas, y formuló la sentencia de muerte de su afortunado rival.

Le esperó una noche cerca de la casa de su amada, y sin detenerse en las consecuencias de aquel criminal atentado, hundió un puñal en su pecho.

A las quejas, á los gemidos que exhalaba el moribundo, acudió la justicia y aprisionó al asesino.

Se formó la sumaria, y gracias á la poderosa influencia del secretario del rey y á la habilidad con que prestó Juanito las primeras declaraciones, logró que únicamente recayera sentencia por sospechas.

Estuvo en la cárcel tres meses y medio, y cuando terminó su condena, haciendo firme propósito de variar de conducta, aprovechando la oportunidad de la salida de una expedición á las Indias, se alistó en clase de soldado.

Hernan Cortés le cobró gran cariño desde los pri-

meros momentos, y posteriormente le consideró como uno de sus servidores de más confianza.

Ya sabemos cómo correspondió á ella.

Esto viene á probar una vez más la exactitud del adagio que sirve de epígrafe á este capítulo.

---

## Capítulo LXVII.

---

En el que diremos algo del escribano Barbadillo.

La interesante descripción de la conquista de Méjico nos ha hecho olvidarnos de algunos personajes, que no por ser episódicos, habrán dejado de interesar vivamente á nuestros lectores.

Digamos algo del escribano Barbadillo, que como recordarán nuestros numerosos suscritores, fué á la Veracruz enviado por Hernan Cortés para instruir el proceso de Rangel, el desleal servidor del ilustre caudillo, el que para satisfacer los impuros deseos que le habia inspirado la belleza de Marina, no habia vacilado en tramar una infame conspiracion, que pudo muy bien comprometer los triunfos á tanta costa conseguidos.

Dicen que el amor vuelve á los viejos niños, y el

bueno de Barbadillo es una prueba evidente de esta fatal verdad.

El, en quien durante el trascurso de esta historia hemos tenido ocasion de apreciar sus relevantes dotes de instruccion y buen juicio, que por su edad parecia estar al abrigo de la impetuosidad de las pasiones, en el último tercio de su vida, cuando disfrutaba esa calma precursora de la vejez, fué víctima de un momento de ofuscacion que tuvo para él gravísimas consecuencias.

Dos dias despues de la ejecucion del desgraciado Rangel, ocurrió un asesinato en las cercanías de Veracruz.

Como los españoles ejercian jurisdiccion en aquellos dominios, Barbadillo salió al punto adonde se habia perpetrado el crimen, é instruyó las primeras diligencias.

El espectáculo que se ofreció á su vista fué horroroso.

Un indio sospechaba que su mujer sostenia relaciones criminales con un jóven; les acechó, y al convencerse de que mancillaban su honor, llevó á cabo una venganza terrible.

Despues de derribarles en tierra, les ató piés y manos, y encendiendo una hoguera les precipitó en ella.

Con feroz alegría presenció aquel castigo cruel, y apenas espiraron en medio del más acerbo sufrimiento puso fin á sus dias extrangulándose por medio de una cuerda.

Estas pavorosas escenas tuvieron lugar durante un momento en que la hija del vengador esposo se hallaba fuera de su casa, y cuando regresó y contempló aquella triple desgracia, las fuerzas le faltaron, y no pudiendo resistir á una emocion tan violenta, cayó en tierra casi exánime.

Un momento despues llegó Barbadillo, y con la perspicacia que le distinguia adivinó lo que habia sucedido.

Su primer cuidado fué procurar salvar á la hija, y á esto dedicó todos sus desvelos.

La india era hermosísima, y al volver en sí y ver á su lado un español, su pavor creció de punto.

—Nada temas, hija mia,—dijo Barbadillo, procurando imprimir á su voz un acento amable y tranquilizador,—nada temas, porque si has perdido á tu padre, tendrás en mí un padre, un hermano, un amigo.

Y al pronunciar estas palabras miraba con codiciosos ojos á la india, y un temblor convulsivo, consecuencia de la pasion que le dominaba, agitaba todos sus miembros.

Barbadillo, como sabemos, conocia perfectamente el idioma de los indios.

De otro modo le hubiera sido difícil hacer entender sus propósitos.

Esta, que habia oído jurar á sus padres odio y exterminio hácia los españoles, cada palabra que pronunciaba el escribano era un dardo que iba á sepultarse en su corazón.

—Sí, blanca azucena,—dijo poetizando Barbadillo, que poetizar era comparar á una jóven de color de ébano con la inmaculada blancura de aquella flor;—yo soy rico. En España poseo cuantiosos bienes, y si correspondes á mi cariño, si premias mi amor, serás la más venturosa de las mujeres.

Tendrás palacios, muchos servidores; esos monstruos que tanta admiracion han causado á los de tu raza, y que nosotros los manejamos con tanta facilidad, te trasportarán sin cansancio de un lado á otro.

Serás envidiada de todo el mundo, y tu belleza brillará en todo un esplendor cuando vistas las preciosas galas que para tí mandaré preparar.

La india habia escuchado en silencio aquellas ofertas, aunque revelando en su semblante la repugnancia que le causaban.

Bien es verdad que no hay nada que inspire más desprecio que ver á un viejo, dominado por la materia, esclavo del mas grosero sensualismo, manchar los castos oídos de una jóven con palabras soeces.

Deseando poner término á aquella escena:

—Dejadme por piedad, porque los infortunios que sobre mí pesan embargan mi pensamiento y contristan mi corazón.

—Pero dame al ménos alguna esperanza.

—Yo os agradezco los servicios que me habeis prestado; pero os suplico de nuevo que respeteis mi dolor.

—Yo tambien sufro, que sufrimiento es y grande

haber concentrado toda mi alma en tí, y no obtengo en cambio ni una pequeña esperanza.

—Callad os digo,—exclamó la india, dirigiendo una mirada amenazadora á su interlocutor.

Este, dominado por la energía que revelaba el acento de la jóven, se retiró sin atreverse á añadir una sola palabra.

Barbadillo, para distraer su imaginacion, empezó á practicar las primeras diligencias en averiguacion del sangriento espectáculo que habia presenciado momentos antes, por más que tuviese la seguridad de que los cadáveres que se habia hallado eran de los actores que habian tomado parte en aquel terrible drama.

La noticia del suceso habia atraído á los vecinos de los alrededores y los parientes de las víctimas.

El interrogatorio comenzó.

Dirigiéndose Barbadillo á un anciano que era hermano del esposo ofendido:

—Vas á contestar,—le dijo,—á las preguntas que voy á dirigirte, en la firme inteligencia, que si ocultas la verdad y yo lo averiguo, sufrirás la pena señalada á los que mienten á sabiendas.

—Estad seguro que os diré cuanto sepa.

—Así lo espero. Vamos á ver; ¿crees que los celos hayan podido ser causa de los catástrofes que acaban de suceder?

—Más que los celos, la deslealtad de una mujer infame.

—¿Segun eso, sabias las relaciones criminales que sostenia la esposa de tu hermano con ese jóven?

—No era un secreto para nadie.

—¿Y en qué te fundas?

—Me fundo en que apenas el astro del dia ocultaba sus resplandores, venia á rondar la casa, y generalmente la adúltera estaba esperándole á la puerta.

—¿Y cómo hasta hora no ha descubierto el esposo la traicion de que era victima?

—Dedicado á la caza para proporcionarse el sustento pasaba la mayor parte del dia, y algunas horas de la noche, recorriendo los bosques.

—¿Pero alguien ha podido decirle lo que pasaba?

—A nadie hacia caso, porque tenia una confianza ilimitada en la criminal esposa.

—¿Luego entonces la casualidad ha descubierto lo que ocurría?

—No ha sido la casualidad. Yo no podia sufrir con calma las chanzonetas que se permitian conmigo algunos vecinos, y logré por fin, para que se convenciese de la verdad de los hechos, que espíase á los amantes.

—Pero, segun tengo entendido, estaba el esposo dentro de la casa cuando les sorprendió, y en la mísera vivienda teatro de esos horrores, no habia ningun sitio á propósito para que lo consiguiera sin que se apercibieran de su presencia.

Es cierto; pero enfrente de la casa hay unos cor-

pulentos árboles, y en la copa de uno de ellos se ocultó hasta la llegada del seductor. En cuando le vió penetrar en su casa abandonó su escondrijo, y precipitándose sobre él le dió muerte lo mismo que á su cómplice.

—Bien está.

Barbadillo no quiso averiguar más.

La justicia no tenia ya sobre quién ejercer su dominio, y dió por terminadas las diligencias.

La noche comenzaba á tender su negro manto, y el escribano se retiró á Veracruz con el propósito de volver al dia siguiente en busca de la jóven que tan vivamente le habia aprisionado.

La noche la pasó en un continuo insomnio, y concibió la idea que tan funesta habia de ser para él.

Apenas amaneció, se dirigió de nuevo al pueblo y acudió á la casa de la jóven.

A los cadáveres se les habia dado sepultura el dia anterior por órden suya.

Le sorprendió en extremo hallar completamente sola la casa.

¿Qué habia sido de la huérfana?

Vamos á decirlo en breves palabras.

Momentos después de retirarse Barbadillo para comenzar las averiguaciones necesarias respecto á los crimines que habian producido un pánico terrible en toda la comarca, la bella india abandonó su morada y se dirigió á casa de unos parientes.

—Libradme de una nueva desgracia que me amenaza,—dijo.

En su fisonomía se pintaba el espanto.

Al verla en aquella situacion:

—¿Qué te ocurre?—dijo un anciano; pero que á pesar de su avanzada edad relevaba en su mirada una voluntad de hierro, un carácter enérgico, indomable.

—¡Ah! Dejadme que descanse un momento para tomar aliento.

—Cálmate y nada temas. Aún no te hallas sola en el mundo, en mí encontrarás un segundo padre; á mi lado nada te faltará.

—¡Oh, gracias! Que el genio protector conserve vuestros dias, que el astro luminoso no se apague jamás para vos.

No sabeis el bien que me haceis en estos momentos al ofrecirme vuestro apoyo. Mi situacion era muy crítica.

—Pero ¿qué es ello? Explicate.

—Vais á saberlo en breves palabras.

El anciano redobló su atencion.

—Vamos, comienza, porque cada vez aumentas más y más mi impaciencia.

—Ese extranjero que se presentó en mi casa para averiguar lo que habia ocurrido, desde el primer momento fijó su lasciva mirada en mí, y sin respetar mi afliccion, sin calcular la dolorosa impresion que me producian sus palabras, comenzó á pintarme su amor de la manera más brutal. Viendo que ni con lágrimas, ni con ruegos lograba hacerle desistir de su desatentada conducta, recurri á la amenaza y le



obligué á que se retirase. Aun no he olvidado los consejos que me daba mi desgraciada madre.

«—No prestes oídos,—me decia,—á las galanterías de los españoles. Con palabras cariñosas ocultan la ponzoña que llevan en el corazón, y las que creen en sus amorosas protestas no tardan en experimentar sinsabores sin cuento; una vida de sufrimientos, de lágrimas, de deshonra, de vergüenza, es la consecuencia de su credulidad.»

Ya podeis comprender cuál seria mi terror al verme sola, y he venido para que me protejais, para que me deis asilo en vuestra casa.

El anciano, vomitando centellas por los ojos:

—Yo juro á ese perro extranjero que ha de pagar caro el crimen que proyectaba. Yo le haré ver que si hemos podido aceptar la humillacion de ser súbditos de un rey de otra raza diferente de la nuestra, no consentiremos jamás que pese sobre nosotros la infamia, la afrenta, la ignominia.

La huérfana casi se arrepentia de haber hecho aquella revelacion.

Conocia el carácter impetuoso del anciano, y adivinaba que su venganza habia de ser cruel.

—Olvidad lo que ha sucedido. ¡Me dá miedo veros de esa manera!

El anciano despues de una breve pausa:

—Ven conmigo,—exclamó.—Es preciso que durante unos cuantos instantes vuelvas á tu casa.

—¡Oh! Eso nunca.

—¿Qué puedes temer con mi proteccion? Sólo se

trata de castigar al que ha tratado de atentar á tu candor.

—Dejadle entregado á su remordimiento, que le tendrá y grande cuando la razon haya recebrado su dominio.

—No me satisface lo que me dices. Unicamente le perdonaria de un modo.

—¿Cómo?

—Convenciéndome de que se arrepentia de haber abrigado pensamientos tan miserables. Vuelve á tu casa; yo me quedaré cerca, y á la primera insinuacion de ese malvado me llamas en tu auxilio.

Se pusieron en marcha, y no tardaron en llegar á la morada de la niña.

Barbadillo la guardaba.

La pasion desordenada que le inspiraba la india, dictó su sentencia de muerte.

Apenas vió llegar á la jóven quiso estrecharla en sus brazos, y ella instintivamente lanzó un grito.

Acudió en su socorro el anciano, y descargando un terrible puñetazo sobre Barbadillo, le saltó un ojo.

El dolor le hizo caer en tierra, y ciego de ira el agresor, continuó golpeándole.

Despues cogió un pedernal muy cortante y le infirió numerosas heridas, en las que echó el sumo del guahanigarico, planta que paralizaba la circulacion de la sangre, produciendo al mismo tiempo agudos dolores.

La niña presenciaba aquella horrible venganza sin atreverse á proferir una sola palabra.

El anciano, cogiéndola de la mano:

—Huyamos de esta casa maldita. ¡Que el extranjero no culpe á nadie por lo que le ha sucedido!

Así lo hicieron, y apenas habian trascurrido dos minutos despues de su salida, cuando espiró el escribano Barbadillo.

De esta manera pagó un momento de obcecacion, de estravío, el que durante tantos años habia sido un modelo de honradez, de virtud, de buen juicio.

---

## Capítulo LXVIII.

---

### Intrigas palaciegas

Ya sabemos que Pánfilo de Narvaez y su mujer, al mismo tiempo que trabajaban para formar una escuadra y obtener del rey la vènia para ir á descubrir tierras en el Nuevo Mundo, intrigaban con los enemigos de Cortés para que el rey le destituyese.

Hallábase el monarca á la sazón en Toledo, y el señor Chievres, aprovechando un momento favorable, le habló en estos términos:

—Aunque tengo repetidas pruebas de la confianza con me honra vuestra majestad, aunque en más de una ocasion me ha hecho la justicia de reconocer la lealtad que me preside á todas mis indicaciones, quisiera oír una vez más de vuestros reales lábios que